

# El Baluarte

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7/50 ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado. Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION Lagar núm. 5.

NÚM. 172.

Sevilla.—Lunes 30 de Julio de 1900

AÑO XXIV.

## Sr. Director de la Revista Interplanetaria EN LA LUNA

112

Respetable señor: El Dios invisible é incorpóreo que rige el Universo te conserve muchos siglos con salud, libertad y dinero.

### LA SOMBRA DEL VATICANO

2.º

"Tengo á Dios en mis manos y los reyes á mis pies!" (Clemente 8.º al vapular ante el cuerpo Diplomático á Enrique 4.º, en la persona de su embajador extraordinario.)

A mediados del siglo 13 estaba en su mayor apogeo la chifladura católica con la conquista de Jerusalén, cuna de Jesús Nazareno, y residencia lógica y obligatoria de su heredero y representante en la tierra, el Pontífice romano.

Pero los Papas, aleccionados por la historia, y creyendo, cada uno que su sagrada persona era más necesaria que la del Divino Maestro, creyeron y siguen creyendo, que su residencia es Roma, para evitar prudentemente que los hebreos, tentados por el demonio, hiciesen otra de las suyas. Es decir, que siguen el ejemplo del gallego que decía:

Sentar plaza sentaréla, porque pujan bien; pero á la guerra nun boy, porque tiran adaré.

La seguridad de adquirir un asiento en el Paraíso, y la no menos golosina del robo, de la violación y del asesinato de infieles, atrajeron á las Santas Cruzadas á todos los tahures, libertinos, mendigos, criminales y ramerías, á quienes se perdonaban sus hechos pasados, presentes y futuros.

A este núcleo putrefacto se unieron muchos infelices, esclavos, siervos y villanos, para librarse, siquiera fuese relativamente, del yugo de los señores feudales. Estos eran dueños de vida y de hacienda, y con derecho á la primicia, por todos conceptos, incluso la de la mujer (derecho de pernada).

Los obispos, dignidades, abades, abadesas y priores, eran señores, ó señoras feudales, por derecho propio. También lo eran los que disfrutaban títulos de nobleza.

El mayor número arrastraba al menos, y los señores feudales, tanto religiosos como laicos, se vieron obligados á rivalizar en la santa reclusa. Y al frente de sus mesnadas marcharon á Palestina para no hacerse sospechosos de poca fé, cuyo calificativo era sentencia de muerte.

Se calcula que, con motivo de las Cruzadas, perdió Europa 6 millones de habitantes; pues á la gente armada seguía numerosísimo contingente de ancianos, mujeres y niños, cuyo 80 por 100 pereció en los caminos, y en aterradora proporción en los desiertos arenales de Siria, en donde se trababan batallas entre los mismos expedicionarios por un vaso con agua.

Aquéllos alucinados ya con los bienes celestiales, ya con los terrenales, tuvieron que recorrer más de 1,200 leguas, luchando con el cansancio, con el hambre, la sed, los huracanes del desierto y con los mahometanos.

Pero como si Dios quisiese castigar á la Europa católica por tan criminal chifladura, las Cruzadas no sólo despoplaban la Europa, sino que los pueblos, no pudiendo soportar los enormes tributos que sobre ellos pesaban para atender á tan muchas expediciones, se alzaron en armas muchos de ellos, no sólo contra sus señores inmediatos, sino contra el catolicismo, contra el Papado, por comprender que de él provenían las causas de todos sus males.

Tan patrióticos y justos levantamientos constituía un verdadero peligro á retaguardia de los cruzados, y sobre todo de la viña del Señor, y el sapientísimo, santísimo, virtuosísimo y amantísimo padre Inocencio 3.º, publicó la siguiente pastoral:

«A mi muy amado hijo en Cristo, el abad Reynier, superior de Cîteaux:

Te ordenamos hacer saber á todos, príncipes, duques, condes y señores de esas provincias, que los requerimos á todos á que os asis-

tan contra los herejes del Languedoc. Una vez allá, desterrarán á todos los que tú hayas excomulgado, confiscarán sus bienes y emplearán con ellos el último rigor, si no abjuran de su herejía solemnemente.

Así mismo, requerimos á todos los católicos á que tomen las armas contra los herejes, luego que tú hayas predicado la guerra santa. A los que tomen parte en ella para sostener la fé católica, les concedemos los bienes de los herejes, é iguales indulgencias que á los cruzados de Tierra Santa.

¡Soldados de Cristo! ¡Guerreros de la Santa milicia Exterminad á los herejes por todos los medios que Dios os inspire, porque son peores que los sarracenos, y sean establecidos católicos ortodoxos en todos los dominios que posean los herejes.»

¡Pedir más tierna paternidad en el vicario de Dios en la Tierra, sería gollería!

Pues sin embargo, los liberales dicen á boca llena que quieren vivir y morir en la fé de sus mayores, en la religión católica. O lo que es lo mismo: vivir y morir entre ladrones y asesinos; porque la pastoral transcrita y sus efectos, dejan en pañales, pero muy en pañales, á José María y á Diego Corrientes.

Y este modo de razonar en los liberales tira de espaldas por su olor pesebrero, cuando sale de la boca de los republicanos; de los republicanos católicos, de los republicanos papistas, de los republicanos monárquicos... Porque ¿no es el Papa un monarca, y monarca autocrático y teocrático, y extranjero por añadidura?

¡Oh, los republicanos de rodillas! ¡Qué estorbo en el camino del progreso!

Falta saber, eso sí, si esta clase de republicanos lo son por malicia ó por ignorancia; pero en ambos casos deben ser eliminados.

MERCURIO.

La Tierra y Madrid, 1900.

## Murmuraciones

Con estos fuertes calores la política está en paz, tanto en Madrid como en Málaga y como en San Sebastián. Esperamos que el invierno llegue, como es natural, para ver si resucita esta contienda sin par delobos que se pelean por un pedazo de pan, que en este caso se llama: una buena credencial. Nuestro Ministro de Hacienda, el Allende Salazar, está repasando cuentas, á ver si las sumas dan el dinero necesario para poderle pagar, á los que se sacrifican por la causa nacional... Las noticias son muy buenas: el dinero alcanzará. ¡Tranquilícense los héroes, porque todos cobrarán!

Se dice —no sabemos con qué fundamento— que las instituciones monárquicas irán á París. Suplicamos encarecidamente á los ayudados de cámara que no las vayan á vestir de hulano como la otra vez. Porque pudiera darse el caso que las silbaran en París. Como la otra vez. Que las coloquen un babaderito limpio y bien planchado, y nada más. Para que nos eviten el ridículo. Como la otra vez. Porque si allí las silban y las insultan, apesar de que ellas llevan toda la representación de diecisiete ó dieciocho millones de habitantes, con héroes y todo, nos vamos á tener que aguantar. ¡Como la otra vez!

Telegrafian á El Liberal desde San Sebastián:

«La marquesa de Squilache ha dado un baile en su casa de Zarauz. Han ido muchas familias aristocráticas de San Sebastián. Está lloviendo.»

Le ha faltado *añair* al corresponsal, para darle más interés al telegrama:

«No tengo paraguas. Ni quien me lo preste. Procuraré hacerme de uno en la primera ocasión.»

Nuestra prensa de gran circulación debe de llamar la atención en el extranjero.

Cuando los grandes periodistas parisienses lean eso de —Estará lloviendo— y sepan que en ese país lueve un día sí y otro no, ¡qué se les ocurrirá!

Lo que se me ocurre á mí decir: —Pero, señor, ¡qué tontería!

El País, mirando hacia las colonias que nos han regalado para que las civilizemos como civilizamos á Filipinas, hace las siguientes consideraciones de historia retrospectiva:

«¿Saben ustedes cómo colonizaban nuestros padres? Pues primero llegaban al país que se proponían conquistar los soldados, después los curas, y por fin los gollillas.

Así conquistamos y por eso perdimos toda la América.

Los soldados primero para pegar muchos papos, las curas después para enseñar muchas supersticiones, los gollillas por último para robar muchos millones.

No se les ocurrió nunca á nuestros padres enviar obreros, labradores, mineros, pescadores, marinos.

Pero es que los hijos hacemos exactamente lo mismo que los padres. No hemos progresado nada. La idiotez nos viene por herencia, y cada vez más profunda y crónica.

Parece que en el nuevo presupuesto de la Guerra se consignará una partida destinada á gastos de situación de fuerza en las posesiones que, en virtud del tratado de París, hemos adquirido recientemente en el África Occidental.

¿Lo ven ustedes? Lo mismo que en el siglo XVI. Ya no podremos enviar á Cortés, á Almagro, á Pizarro, pero enviaremos al general Pérez, que con el coronel Gómez, se darán muy buena vida, se comerán un buen millón de pesetas al año, y un siglo después, cuando se haga la estadística de la Colonia, se verá que se encuentra como en los patriarcales tiempos del general Pérez, si es que no nos echan á patadas algunos filibusteros.»

¡Esto último es lo que más me subleval! ¡A nosotros, á los valientes y heroicos españoles, echarnos á patadas de nuestras colonias!

— ¡Como en Cuba! —dirá el colega. Bueno, ¡una Diga usted otra.

— Como en Puerto Rico. Bueno, dos: cite usted otra más.

— Como en Filipinas. Bueno, tres. ¿A que ya no hay más?

— Como de toda la América, como de todas partes, incluso de Gibraltar. Bueno... pero siga usted citando.

— Esperé usted que nos sigan echando. Pero afortunadamente, desde Sevilla á Madrid, gritamos constantemente:

— ¡Oh, qué Pelayo, qué Cid!

De un colega malagueño: «Una apreciable señorita de Málaga, que hace tiempo se ha retraído de asistir á paseos y diversiones públicas, ha manifestado su vocación en el sentido de profesar como religiosa.»

Colega, sea usted franco: ¿A que es fea y esborria?

Dicen desde San Sebastián:

«En el viaje marítimo de los reyes por los puertos del Cantábrico, irá acompañado el buque real por una escuadrilla reducida.»

¿Más reducida todavía, y más escuadrilla? Esa medida de buen gobierno —quien quiera que sea el que la haya tomado— es lógica.

El buque real lleva la menor cantidad posible de realza, en lo que se relaciona con la figura, y es justo que todo esté en relación. Aunque hay un punto negro é ilógico.

El sueldo. Que hace más bulto que toda la escuadrilla.

Tengo que contar á ustedes un hecho que tiene gracia, y que tendrá por Sevilla la debida resonancia. Nuestro corito de vírgenes municipales estaba, como ustedes no lo ignoran, inmaculado y sin mancha. Algunas fueron cayendo á las burdas asechanzas, y á una virgen la basura y á otras vírgenes las aguas, quedaban virgos *fidelis* solo de Checa y Ayala, su pureza defendiendo con las uñas ó las garras.

Pero, amigo, la tercera —la tarifa de marras, la que deja por Consumos muchas pesetas y magras— ejerció la tercera con tales artes y mañas, que las dos vírgenes puras, como palomitas cándidas, se entregaron *velis nolis*, y ya están embarazadas. ¡Ay, pobre coro de vírgenes! ¡Qué fue de sus arrogancias! Una se dió al basurero; otra al inglés, qué prosaica. Y las otras, indolentes, viciosas ó descuidadas, entregaron su pureza, con un descaro que espanta, á los guardas de Fielatos por coger una tajada. Del Municipio á la puerta con letras grandes y claras póngase aqueste letero: Las vírgenes que aquí estaban se entregaron al primero que les dijo: —Toma y dáca— y ya son todas las vírgenes unas señoras *madrasrtas*, que todas tienen marido y ninguna está casada.

CARRASQUILLA.

## Que no se olvide

No por nuestros méritos, que no tenemos otros que los de ser veteranos soldados de la República, cuya bandera hemos sostenido siempre con el mismo entusiasmo, y cuyos ideales hemos defendido y defenderemos hasta el fin, por considerarlos los únicos buenos, los únicos adecuados á la dignidad del hombre y los únicos saludables para redimir á la patria española y para dignificar al pueblo, elevándole al rango y al decoro propio de su honor y de su derecho.

Por esto, sin duda, hemos merecido la distinción de muchos amigos y correligionarios consultándonos respecto del movimiento de la Unión Nacional y de la actitud en que recientemente se ha colocado uno de los hombres que, si tomó parte activa en la revolución septembrina, contribuyó como factor importantísimo á la restauración en el trono de la rama borbónica, destronada en 1868, del príncipe, después rey, D. Alfonso de Borbón, que, digase cuanto se quiera, y pregónese en todos los tonos sus excelencias, significó un positivo desgraciado retroceso y representa en la historia la ingerencia de las órdenes monásticas y la preparación de la obra de empuñamiento que debía consumar la Regencia de su viuda.

Nunca fué liberal aquel rey, como no puede serlo ninguno; en su corto periodo de diez años, brilló España por sus toreros, por sus chulos, por su gente maleante y por las juergas y bacanales; por los grandes negocios, como el famoso ferrocarril del Noroeste y el hipódromo de Madrid, y por ciertas conjuras místico-chulescas de que Ducazcal y algunos otros hombres pudieran dar pruebas si vivieran.

La política del hijo de D.º Isabel II, como la de su nuera, se ha reducido á comprar conciencias, á falsear principios y á entronizar un régimen de privilegio para los grandes agiotistas, y de dominación invasora de la Compañía de Jesús, que hoy se enseorea de España, después de haberse apropiado todos sus vengos de riqueza, y de haberse hecho señora y dueña de nuestras mujeres, y, por tanto, del hogar doméstico, como ha dominado todas las conciencias de los tímidos y de los pusilánimes.

Vivimos en el más miserable de los rebajamientos, arrastrando nuestra existencia por el fango y revolcándonos entre el lodo de las confradías y de los conventos y hermandades, para mendigar un pedazo de cielo, cuando el cuerpo, rendido de fatiga, reclame la tierra para su descanso.

La vida política de España está reducida á entonar preces al Altísimo á gusto de los Loyolas ó de los obispos, ó llenar los cepillos de los templos y las gabetas de las órdenes religiosas y á mendigar un destino ó cosa parecida.

Ni se vive la vida del trabajo, ni la vida de la inteligencia, y menos los progresos de la ciencia.

